

PREGÓN SEMANA SANTA CALAMOCHA AÑO 2003

CUADERNOS. N.º 16

Págs. 95-98 / 2003

ISSN: 1136-8029

Alfredo Urdaci Iriarte*

Queridos amigos y amigas de Calamocha: quiero, en primer lugar agradeceros la invitación a venir ante vosotros y ser pregonero de vuestra Semana Santa, daros la noticia de lo que va a venir, y deciros cual es el sentido que para mí tiene este rito y la vivencia de todo el dolor y todo el prodigio que despliegan en los días de la Pasión y Muerte, todo su misterio, el misterio de la traición, el de la crucifixión, el de la resurrección, el del triunfo de la vida sobre la muerte, y sobre todos los demás, el misterio de la generosidad y del sacrificio.

Todo pregón es un compromiso. Y en este caso el compromiso es con vosotros y con vuestra forma de interpretar ese misterio. Lo cumplo con agrado porque desde hace tiempo os conozco, he pisado vuestra tierra en el recogimiento helado del invierno y en la explosión festiva del verano. He sentido cómo, a pesar de que estáis en el triángulo más frío de España vuestro corazón es cálido, noble, sencillo y sincero. He disfrutado de vuestra hospitalidad y he intentado, siempre que ha sido posible, que mi trabajo fuera un medio para que los demás conozcan vuestra forma de ser, vuestra riqueza y vuestras aportaciones sociales y culturales.

Siento también que se trata de un compromiso difícil y espero estar a la altura de la empresa, porque vengo aquí a hablaros de algo que conocéis muy bien, y entiendo que esta es una oportunidad de conoceros mejor, una invitación para entenderos mejor, para acercarme a la forma en la que vivís y entendéis algo tan universal, tan radicalmente humano como el dolor del Cristo, el desgarrar de la Dolorosa, todo el inagotable sentido que tiene esa historia maravi-

* Alfredo Urdaci Iriarte (Pamplona, 1959) es licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra. Estudió Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid. Inició su trayectoria profesional en 1983 en Diario 16 y dos años después se incorporó a RTVE. En Radio Nacional de España, ha dirigido "España a las 6 y España a las 7", ha sido director de los Informativos de Fin de Semana y del Diario de la Tarde, corresponsal en Roma y director de "España a las 8". En 1998 pasó a Televisión Española como subdirector de los Servicios Informativos y responsable de la edición y presentación de la segunda edición del Telediario, el informativo líder de audiencia en España. En mayo de 2000 es nombrado director de los Servicios Informativos de TVE, cargo que ocupa en la actualidad y que compagina con el de director y presentador del Telediario Segunda Edición.

llosa que se repite no una vez al año sino cada día, en tantos humanos, en tantos lugares, en tantos países.

Un pregón es un anuncio, es también una evocación y es la llamada ante algo nuevo. Y es que hay tránsitos como la Navidad, como la Semana Santa, que son siempre nuevos aunque se repitan, aunque saquéis por vuestras calles las mismas hermosas imágenes de hace ya tres siglos.

Dejadme que os hable un poco de mis semanas santas. Las primeras, fueron las de la infancia, cuando el mundo va naciendo, poco a poco. Recuerdo las procesiones, los pasos, el ritmo severo de los tambores, y el estupor ante la mirada del nazareno, y el desconsuelo de la madre con su corazón atravesado de espadas.

Y como todos vosotros, ya sabéis que solo vivimos del todo cuando volvemos a ser niños, cuando volvemos a aquel tiempo en el que el mundo se nos reveló. Por eso yo guardo siempre, cerca, un poema de José María Valverde que termina con unos versos que son una oración:

¡Oh Señor, aquel niño que yo era
quiere pedirte, muerto,
que le dejes vivir en mi presente un poco!
Que siga en mí, Dios mío –como tú nos decías–,
y viviré del todo,
y sentiré la vida plenamente,
y tu serás mi asombro virgen cada mañana.

Luego en mi vida las más importantes, han sido las tres semanas santas que pasé en Roma, el ejemplo inolvidable de un Papa doliente que cargaba con la cruz de sus heridas en el vía crucis del coliseo, la ceremonia del lavatorio de los pies que el propio Karol Wojtyła cumple cada año desde la más santa humildad. En momentos como esos uno entiende que la verdad sobre Dios está inscrita en el espíritu de las personas sencillas, de quienes no son ni filósofos ni científicos: y en consecuencia, de que ningún sistema, ninguna ideología puede extirpar esa verdad del corazón humano.

Quizás ha sido este Papa venido del frío, de las dictaduras nazi y comunista, el que ha dado un sentido más hondo, más personal, y más actual, al sufrimiento callado, a la oferta del dolor como forma de diálogo con Cristo.

Y hoy animo aquí, a Calamocha, en el inicio de esta nueva Semana Santa. Yo vine a esta tierra por vez primera de la mano de un buen amigo que se fue colando en mi vida con buen paso, sin hacer mucho ruido, de la forma que entran las cosas, la razón, los vínculos que se quedan para siempre. Y así, siempre bien orientado, he andado de aquí para allá por esta tierra que ha sido siempre lugar de paso pero que para mí se ha convertido, ya lo es, un lugar de destino.

Por aquí han pasado viajeros y guerreros, desde el Cid, que puso sus cuarteles en El Poyo, hasta Alfonso I, que cristianizó estas tierras y trajo hasta aquí a sus leales gascones y navarros. Gracias a aquel rey creo que debemos tener un cierto grado, aunque sea remoto, de pa-

rentesco.

Poco a poco he aprendido que esta es una tierra que domina el silencio como pocas, que sabe guardarlo, y administrarlo, que sabe llenar ese vacío de sentido, de trascendencia, de conocimiento, y que sabe también, cuando el abismo llega a lo más profundo, cuando ese silencio se hace insoportable, romperlo con el más atronador de los redobles, para levantar la voz, para protestar con la fuerza más unánime y rotunda, por la muerte del Nazareno, con la rebeldía que nace de lo más hondo de vuestra sangre, con tambores, con carracas, para llenar con vuestra voz la sima que se abrió en la tierra cuando Jesús expiró, cuando la tierra tembló, se rasgó el velo del templo, y el eclipse oscureció los cielos de Israel.

Ya es vuestra forma de ser, vuestra forma de estar en el mundo. Sois discretos, pero sois capaces de unirlos en una sola voz, colectiva, para salir de las tinieblas y de las prisiones, para derribar la injusticia, para romper la indiferencia frente al dolor ajeno, frente al sufrimiento de los demás.

Yo vengo a daros este pregón en un tiempo difícil, seguramente tan difícil como todos los tiempos, creo que cada año invitáis a este púlpito a gentes que tengan que ver con los medios de comunicación, a pregoneros de lo diario, de lo cotidiano, a los que deben escribir el retrato más completo de lo que ocurre cada día, con el material que cada día se renueva: con las tragedias, con las esperanzas, con los errores, y los aciertos de los hombres y de las mujeres.

Vemos a diario como Cristo pasa por las pantallas de la televisión, y nada de lo que es humano nos es ajeno, aunque el mundo prefiera apartar la mirada y buscar la indiferencia cómoda. También sabemos los periodistas que es fácil conmovier a las audiencias con las tragedias que se ven, y es imposible movilizar a los espectadores con lo que no se ve, aunque el dolor



sea el mismo.

La Semana Santa tuvo cuatro cronistas, cuatro periodistas que recogieron la noticia del prendimiento, de la traición, de la tortura, de la negación de Pedro. Construyeron con una sencillez magistral el relato de lo que ocurrió en el Gólgota. Y aquel sacrificio transformó el mundo, cambió el sentido de la presencia del hombre en la tierra.

Vosotros ahora os preparáis para la ceremonia de lo común, de lo colectivo. Ha llegado abril. La ceremonia de la Semana Santa coincide con la vida que nace en los campos. Mana la vida. De las nubes mana el agua, y acaricia el tibio sol la hierba. Todo abril es un abrazo suave que despierta lluvias, amores, apetitos, regeneración, conciertos y futuros. Aparecen en abril, los blancos y amarillos y renace la vida animal. Y en nuestra cultura la Semana Santa celebra el renacimiento de cada uno de nosotros, pero también, a través de las ceremonias que lo celebran, el renacimiento de lo que somos como pueblo, de lo que tenemos en común, de nuestra expresión colectiva. Esta es la tinta en la que nos apretamos un poco el espíritu para hacer sitio a los que tenemos al lado, para compartir y encontramos con el silencio, en el ruido, en el dolor y en el júbilo.

Yo os propongo en este pregón cambiar el sentido de una expresión tan española de hacer la PASCUA a los demás. Vamos a darle a esa palabra el sentido positivo que nunca debió perder.

Vamos a llamar PASCUA a la generosidad que nos hace más humanos, al sacrificio para mejorar la vida de quien nos acompaña, a la compasión sincera, a la rebeldía contra la injusticia, al perdón, al compromiso que nos hace libres. Vamos a hacernos la PASCUA los unos a los otros, a renovarnos, a ser más humanos.

Quiero terminar con otro poema. En los poemas yo he encontrado las mejores oraciones. Este es de Gerardo Diego y dice así en el Salmo de la Transfiguración.

Miro en tono de mí,
no, debajo de mí, en las galerías
los gusanos de luz, casco y piqueta
que afloran luego al aire puro
mas ya de noche, negros de carbones.
Hazlos diamantes Tú, como a esos astros.
Si acaso no te saben o te dudan
o te blasfeman, límpiales piadoso
como a Ti la Verónica, su frente,
descórreles las densas cataratas de
sus ojos, que te vean, señor, y te conozcan
refléjate en su río subterráneo
dibújate en su alma,
sin quitarles la santa libertad
de ser uno por uno tan suyos, tan distintos.

Que esta Semana Santa sea para vosotros, amigos y amigas de Calamocha, tan nueva